

Carlos Prieto: En dos tesituras

Guadalupe Alonso

Además de ser el máximo ejecutante del cello en México, Carlos Prieto es también escritor: su libro Aventuras de un violoncello establece una suerte de biografía (hay que recordar que un instrumento musical es un ser vivo) de ese instrumento. A las cualidades del virtuoso y del autor hay que añadir la del conversador, como lo demuestra la presente entrevista realizada por Guadalupe Alonso para TV UNAM.

Hace veintiocho años Carlos Prieto se impuso una labor detectivesca: investigar la historia de su longevo violoncello. Chelo Prieto, nombre con el que viaja este instrumento de 286 años de edad, fue fabricado en Cremona, en el norte de Italia donde permaneció hasta 1760. Ese mismo año fue llevado al puerto andaluz de Cádiz donde el viernes santo de 1787 participó en el estreno de Las siete palabras de Gristo de Haydn, por encargo de un eminente personaje de la región: el padre Sáinz de Santamaría.

Él no era de Cádiz, ni siquiera era español sino de Veracruz, entonces me llamó mucho la atención que un veracruzano hubiera tenido ese importante papel en la vida cultural de Cádiz y que mi violoncello, en cuyo destino estaba escrita la íntima relación que tendría con la música de México dos siglos más tarde, haya tenido su primer contacto indirecto con México a través del padre Santamaría el viernes santo de 1787.

Más adelante, en 1960, el violoncello estuvo en manos de Francesco Mendelssohn. El sobrino nieto de Felix Mendelssohn residía en Nueva York. Había huido de la Alemania nazi en 1935. Era un músico talentoso, pero bebía en exceso. Solía emborracharse, en especial después de sus conciertos y así, borracho, como era su costumbre, tomó un taxi y se dirigió a la calle Este # 62 con su violoncello.

Se bajó del taxi e intentó abrir la puerta de su casa —yo la visité cuando estaba haciendo la investigación, es una cuadra en la que todas las casas son de cuatro pisos, bastante parecidas unas a las otras— así que intentó abrir la puerta, pero no funcionó la llave y, no obstante lo borracho que estaba, llegó a la conclusión de que se había equivocado de puerta. Dejó entonces el cello en la banqueta e intentó abrir otra puerta que en efecto era la de su casa. Entró, se tiró en la cama, cayó profundamente dormido y olvidó el violoncello en la calle. A las siete de la mañana del día siguiente, pasó el



Carlos Prieto

camión de la basura y al ver el estuche al lado de los botes, el chofer estaba procediendo a cargarlo en el camión, cuando llegó una mujer que se ocupaba de la limpieza de la casa del señor Mendelssohn. Alarmada, convenció al chofer de que eso no era basura. Despertaron a Mendelssohn, quien salió corriendo a recuperarlo, y gracias a esa señora el violoncello se salvó de perderse entre la basura de Nueva York.

Ésta y otras historias están vertidas en el libro Las aventuras de un violoncello (1998), investigación a la que Prieto dedicó diez años. Más allá de la simbiosis que cualquier músico establece con su instrumento, este amoroso rastreo derivó en un afecto especial. Prieto sabe prácticamente todo lo que ha ocurrido en la casi tricentenaria vida de su cello.

Hasta hoy nunca me he cansado de tocarlo. He llegado a tocar tres conciertos en un mismo día. El violoncello tiene la ventaja de que se toca sentado, en una postura cómoda. La única deformación que he sufrido

es que como comencé a estudiar el cello a los cuatro años de edad, me creció más la mano izquierda, entonces con esa mano alcanzo en el piano de un do a un sol, mientras que con la otra, alcanzo de un do a un fa.

Carlos Prieto empezó a estudiar el violoncello a los cuatro años. A los dieciséis ya había dado bastantes conciertos, pero en aquel entonces todavía no estaba completamente seguro de su vocación. Al terminar sus estudios en el Liceo Franco Mexicano, donde destacó en materias como matemáticas y física, intentó ingresar al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Abió cursó las carreras de ingeniería y economía simultáneamente. De vuelta en México, trabajó algunos años como ingeniero en Monterrey.

A medida que pasaban los años, iba creciendo en mí una especie de amargura por no haberme dedicado a lo que era mi verdadera vocación. Así que en un momento dado, a pesar de que tenía tres niños pequeños, y con el apoyo muy importante de mi esposa y mi familia, decidí dejar toda mi actividad en la industria para regresar cien por ciento a la música. Fue una decisión que tomé hace treinta años y de la cual jamás me he arrepentido.

Hoy Carlos Prieto es, sin duda, el violoncellista mexicano contemporáneo más destacado. Los genes familiares, la oportunidad de acceder a grandes maestros y una dedicación religiosa, le permitieron ascender con mayor ligereza la escarpada cuesta a la que se enfrenta la gran mayoría de los músicos en nuestro país.

Desde que nací tuve la oportunidad de tocar y eso me facilitó mucho el camino. Para ser un excelente músico, compositor o intérprete, creo que se requieren dos cosas: En primer lugar una profunda vocación, es decir, los genes. Pero eso no basta, porque si esa vocación no está acompañada por un intenso estudio, de nada sirve. Y al revés, una persona que no tenga la más mínima vocación por la música, por mucho que estudie, nunca llegará a ser un gran músico. En mi caso, había una profunda afición por la música en mi familia. Mis papás tocaban en cuarteto con mis abuelos. Luego, mi hermano y yo formamos un cuarteto familiar con mis papás. Actualmente, mi hermano y yo formamos un cuarteto con nuestros respectivos hijos mayores: Carlos Miguel y mi sobrino Juan Luis.

También tuve la fortuna de estudiar desde muy niño con un gran maestro húngaro que llegó a México con el famoso cuarteto Lener de Budapest. Ellos venían como refugiados políticos, huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Para fortuna de los mexicanos, tres de los integrantes del cuarteto se quedaron en México y con este cellista estudié muchos años.

Con Stravinski hubo una larga relación. Era muy amigo de mi familia. Cada vez que venía a México iba

a comer a casa de mis papás. Yo tenía cinco años y lo veía como a un miembro de la familia. No fue sino mucho después cuando me di cuenta de que no era de la familia sino que era un eminente compositor. Stravinski había salido de Rusia siete años antes del golpe de Lenin en 1917 y por muchas razones nunca había regresado. Una de ellas era que las autoridades culturales soviéticas escribían pestes acerca de él y de su música. Lo pintaban como el representante de la decadencia burguesa, como el ejemplo a no seguir para los compositores. Stravinski también tenía un pésimo concepto del sistema político y de la música que componían los artistas soviéticos. Cuando yo estaba estudiando en Rusia, en 1962, me llevé la sorpresa de que había llegado Igor Stravinski. Lo habían invitado cuando estaba cumpliendo ochenta años y lo fui a ver. Me invitó a todos sus conciertos y ensayos en Moscú. Sobre aquella única estancia de Stravinski en Rusia, escribí en algunos de mis libros. Era un hombre muy perspicaz, con un gran sentido del humor y una gran cultura. Hablaba muy bien el inglés, el francés, el alemán; además conocía a fondo la literatura en estos idiomas. Conocía también la literatura en lengua española. Era un hombre de una curiosidad universal, pero a veces era un poco despectivo. Recuerdo haberle preguntado por Dimitri Shostakovich —otro compositor de San Petersburgo a quien le tengo gran admiración— y me respondió que él nunca pensaba nada de Shostakovich salvo que alguien le preguntara lo que pensaba de Dimitri Shostakovich. Esto lo pinta como un hombre que a veces era demasiado hiriente.

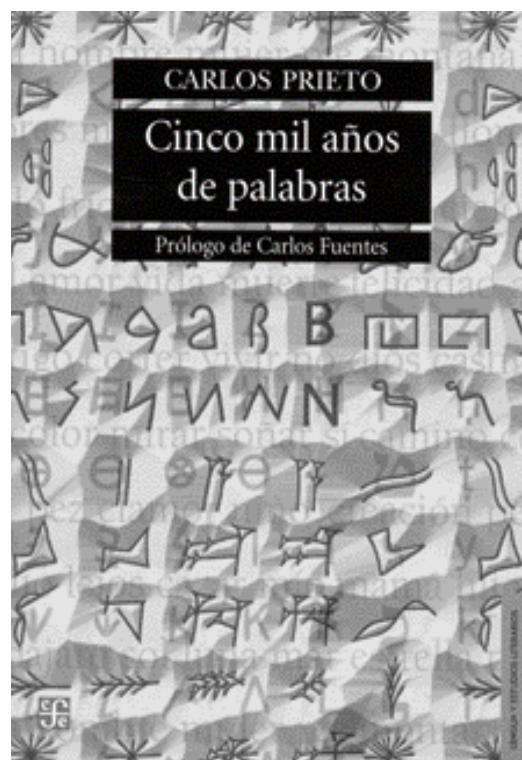
Del entorno familiar durante la infancia, Prieto también guarda en la memoria uno de los primeros discos que escuchó: el Concierto de Brandeburgo de Bach, autor cuyas composiciones han sido una constante en sus programas. Tal es el caso de las seis Suites para violoncello, primer conjunto de obras fundamentales en la historia de este instrumento que datan alrededor de 1720. Carlos Prieto ha logrado una interpretación magistral de estas suites no sólo de manera aislada, sino incluyendo el conjunto de las seis suites en un mismo programa. Más allá de los clásicos, Prieto se ha interesado en compositores de Iberoamérica, de quienes ha estrenado unas ochenta obras. En cuanto a composiciones mexicanas para violoncello, grabó la que se considera la más antigua que existe en nuestro país.

Es el concierto de Ricardo Castro. Lo grabé con la Orquesta Sinfónica de Berlín y Jorge Velasco hace muchos años. Estimo que debe haberse compuesto hacia 1896 o 1897. Tuve la oportunidad de estrenarlo en México en 1980, casi cien años después de que hubiera sido compuesto. Ante esta aparente falta de interés de los violoncellistas mexicanos de tocar obras de nuestros compatriotas, me propuse interesar a los principa-

les compositores de que compusieran obras para violoncello. Ha habido una respuesta muy importante y ésta es una de las causas por las cuales he tenido el privilegio de estrenar un sinnúmero de obras de compositores mexicanos. Por ejemplo, de Carlos Chávez, de quien localicé en un archivo un concierto desconocido que posteriormente grabé con mi hijo Carlos Miguel Prieto; de Revueltas, de Manuel Enríquez, hasta de los compositores de hoy. En el ciclo de conciertos que di en la sala Carlos Chávez en junio de 2006, hice cinco estrenos mundiales, dos de compositores brasileños, dos de compositores mexicanos, uno de una compositora china y estrené una obra que se llama *1720, el violoncello rojo*, de un joven mexicano muy talentoso: Alexis Aranda. Me interesa mucho fomentar en los más jóvenes el interés por el cello y en este caso concreto considero que Alexis Aranda es un compositor de gran talento que seguramente jugará un papel destacado en la música de México.

En otra tesitura, además de su interés por la música, y con una evidente vocación de investigador, Carlos Prieto ha dedicado buena parte de su tiempo a indagar en la historia del lenguaje. Recientemente publicó Cinco mil años de palabras (FCE, 2005), libro que explora el origen y destino de la palabra.

Desde mi juventud me interesé por las lenguas, por saber desde cuándo surgió esa facultad tan extraordinaria y única del hombre que es el habla: cómo surgie-



ron las lenguas, cómo evolucionaron, cuáles son las principales familias lingüísticas de la Tierra, cuál es su futuro, por qué se están extinguiendo.

Hace seis millones de años ya existían los antepasados comunes de los homínidos y de los simios. El australopiteco, un hombre mono del sur, surge hace alrededor de cuatro millones de años, y así van surgiendo el *homo habilis*, el *homo erectus*, el *homo sapiens* arcaico, todos en África, hasta que en el centro de África, probablemente hace ciento treinta o ciento cincuenta mil años, aparece el *homo sapiens sapiens*, del cual descendemos todos. De ahí empezó a emigrar, hace cien mil años, cuando la población mundial era quizá de cincuenta mil o sesenta mil personas; migró hacia el Medio Oriente, Asia y Oceanía. Poco después pobló Europa occidental y oriental y, por último, conquistó el continente americano, el más lejano. Estimo —y en este tema no hay posible prueba, pero muchos eminentes lingüistas así lo afirman— que el habla surge simultáneamente con la aparición del *homo sapiens*. Esa facultad fue lo que le permitió sobrevivir en todos los ambientes y, eventualmente, conquistar la Tierra.

En la introducción a Cinco mil años de palabras, Prieto apunta: “Una lengua común dota a un pueblo de una herramienta de enorme potencial y, como dice la metáfora bíblica, cuando la humanidad hablaba una sola lengua y construía la Torre de Babel, Dios mismo creó múltiples lenguas que sembraron la confusión y destruyeron el ejercicio de poder del hombre. Este libro examina diversos aspectos de la historia de las lenguas, desde sus posibles orígenes hasta el presente, hasta la aparición de unas cuantas ‘megalenguas’ y la extinción de miles de idiomas y dialectos”.



En Shanghai Oriental, 2006

El origen de la palabra no es tan antiguo, apenas ciento treinta mil años. Se puede decir que es un fenómeno reciente. Calculo que en los próximos cien años, se van a perder alrededor de la mitad de las lenguas. Actualmente se hablan de seis mil a siete mil y en cien años se hablarán dos mil ochocientas o tres mil.

En el lapso de varios milenios, de aquellas hablas primigenias se derivaron unas quince mil lenguas, y del siglo XVI al presente, han venido disminuyendo a un ritmo acelerado. En contraposición, han crecido lo que yo llamo las “megalenguas”, que son lenguas habladas por más de cien millones de personas. Las cuatro principales son: el chino mandarín, que hablan novecientos millones de personas, el hindi, que hablan seiscientos millones de personas, el español, que hablan trecientos sesenta millones y en cuarto lugar está el inglés. El progreso de estas lenguas significa, en muchos casos, la desaparición de otras. Por ejemplo, en Estados Unidos, el avance del inglés ha redundado en la destrucción de casi todas las lenguas indígenas que se hablaban ahí. México es un caso muy especial porque somos uno de los países más ricos del mundo en idiomas y dialectos. En tanto que en toda Europa se hablan quizá doscientas lenguas y dialectos, nada más en el territorio mexicano se hablan un poco más de sesenta. Esto indica el grado de riqueza de México en este campo. Sin embargo, muchas de estas lenguas están en riesgo grave de extinción.

Entre las principales lenguas y dialectos de México están: el náhuatl, hablado por un millón quinientos mil habitantes; el maya, por quinientos mil; el zapoteco, por quinientos mil. Le siguen en orden de importancia el mazahua, el otomí, mixteco, tarasco, totonaco, mazateco y el tzotzil, hablado por sólo ciento diez mil habitantes.

Numerosas lenguas y dialectos en diversos países se encuentran en peligro de extinción, lo que representa un drama cultural. En palabras de Miguel León-Po rtilla:

Cuando muere una lengua
Las cosas divinas,
Estrellas, sol y luna;
Las cosas humanas,
Pensar y sentir, no se reflejan ya
En ese espejo.

Una lengua le da características fundamentales a un pueblo. Cuando se pierde una lengua, se pierde un enfoque humano. Es una pérdida irreparable e irremediable. El caso de China es particularmente interesante. Ahí se reconoce la existencia de cincuenta y cinco minorías regionales que hablan lenguas que no son inteligibles para los demás, hay una gran cantidad de dialectos diferentes. Desde la década de los cincuenta,

antes de que llegara el comunismo al poder, fue tarea central del gobierno que toda la población aprendiera el dialecto de Pekín como lengua oficial. Es evidente que centenares de dialectos de esa lengua van a desaparecer para que China pueda tener realmente un idioma nacional. De hecho lo tiene, es el chino mandarín, pero no toda la población lo domina.

Es un fenómeno general y en algunos países ha ocurrido con más fuerza que en otros. Por ejemplo, a raíz de la revolución francesa y movidos por un gran ideal de justicia y democracia, la política del gobierno francés, en aquella época, fue que todos los franceses dejaran de hablar sus dialectos —el bretón, el vasco, el occitano— para que todos hablaran lo que llamaban la lengua de la libertad, es decir, la lengua que se hablaba en la Isla de Francia que es la región de París. Ésa es una de las razones por las que se están extinguiendo muchísimas lenguas.

Las aportaciones de la literatura en la construcción de una lengua han sido fundamentales, como es el caso de Alessandro Manzoni en el italiano, William Shakespeare en el inglés o Miguel de Cervantes en el español. Más adelante, el periodismo, la influencia de la radio y la televisión, las migraciones y la globalización han provocado la expansión de ciertas lenguas. En ocasiones enriqueciendo el lenguaje y otras veces contaminándolo.

Una lengua siempre está viva y recibe la influencia de los países vecinos; recibe la influencia de conocimientos nuevos, entonces siempre está evolucionando y es imposible que por decreto no aceptemos palabras del inglés, del francés o de cualquier otra lengua. Lo que sí creo es que tenemos que pugnar porque cuando existen sus equivalentes en español, no usemos palabras que provienen de otras lenguas. Por ejemplo, en el lenguaje de internet, el lenguaje de la red, se usan palabras inglesas que tienen su equivalente en español. Se habla de *downloadear un file*, cuando su equivalente en español existe: bajar un archivo. El lenguaje de internet, en particular, es muy contaminante.

“El extraordinario encanto de este libro de Carlos Prieto, escribe Carlos Fuentes en el prólogo, es que es obra de un gran artista musical empujado sobre la composición y el trato verbales. [...] Prieto va organizando su recorrido por la galería de las lenguas como se organiza, históricamente, una orquesta”. Los quince capítulos propuestos en este libro son un viaje que da inicio con “El misterio del origen del lenguaje y de las lenguas”, pasando por las principales lenguas de la Tierra y deteniéndose en el latín, español, portugués, francés, italiano, el catalán y otras lenguas romances, el inglés, el ruso y la familia afroasiática, para finalizar, por supuesto, con un epílogo musical.



© Miguel Morales

Me pareció que sería interesante hablar sobre el origen de muchos de los términos que usamos. El término música, como muchos otros ligados a las artes, proviene de la Grecia antigua, del griego *mousiké*, que originalmente se refería a todo el campo de la acción de las musas, es decir, de las deidades conducidas por Apolo Musageta y que habitaban en el Parnaso, protegían las ciencias y las artes y representaban el ideal de la suprema gracia e inteligencia intelectuales y físicas.

Las notas musicales, como nosotros las conocemos, fueron concebidas por Guido de Arezzo, que tomó las primeras sílabas de un himno a San Juan Bautista: ut, re, mi, fa, sol, la, si; la sílaba ut se cambió por do, de emisión más fácil en todos los países latinos excepto en Francia.

Los términos de los instrumentos, violín y violoncello, a pesar de que son instrumentos que no tienen más de cuatro o cinco siglos, tienen un origen antiquísimo. La palabra violín proviene del latín *fidicula* que data de hace dos mil doscientos años. Luego evolucionó hasta convertirse en *fiddle*: violín en inglés; más tarde en violín, en español o *violino* en italiano; en ruso se deriva del vocablo *skripka* que viene de un verbo que significa chillar.

“Así como las palabras, las lenguas son todas resultado de una milenaria evolución, de milenarias aventuras, algunas de las cuales han sido objeto de este libro”. Carlos Prieto. **U**